

## OSCURIDAD

**Irene Velarde Galindo**

Oscuridad. Le envolvía en un caos de tinieblas a las que intentaba aferrarse con desesperación. Era lo único que le quedaba en aquel silencio sepulcral, interrumpido a veces por el gotear del agua que escapaba de alguna tubería lejana. Plic-plic, plic-plic. Era rítmico, imperceptible para el oído humano, excepto para aquel que llevaba demasiado tiempo recluido, como él. Su mente era el instrumento para transportarse lejos de su prisión, allá donde él estuvo una vez. Pero parecía tan lejano, tan irreal, que a veces creía que pertenecía a otra vida, una ajena que no le correspondía. Se sorprendía avergonzado de buscar en el pasado del que fuera otro, convirtiéndose en un invasor de su intimidad. Cuando aquellos pensamientos le invadían sin compasión, se repetía a sí mismo que aquellos sucesos que rescataba del pasado eran completamente suyos y de nadie más. Le pertenecían, y nada ni nadie se los podría arrebatarse. Suponía su refugio, su isla y remanso de paz en aquella cárcel. En ellos se sentía seguro, protegido por las voces familiares, los sonidos conocidos, los lugares frecuentados...

Oscuridad; aquello era lo único que le quedaba. Aquello y una sensación física indescriptible, un dolor que le atravesaba todo el cuerpo. Lo sentía pesado y entumecido. Cada ademán de movimiento le resultaba una tarea demasiado complicada para él, doliéndole hasta el simple respirar. No saldría con vida de allí. Lo sabía desde el momento en que entró vendado en aquella prisión y continuó pensándolo durante toda su estancia. En aquel momento, la certeza de que sus últimos momentos se reducirían a una negrura envolviéndole era más sólida que nunca. No alimentaría su sufrimiento con falsas esperanzas que lo único que lograrían sería avivar un espíritu para luego apagar su hoguera de un solo golpe. Había visto situaciones similares: gente secuestrada que moría a manos de sus captores. No

podía negar que a veces se había planteado el encontrarse en aquella situación, aunque siempre desde la lejanía de un hipotético y remoto caso. La improbabilidad del hecho no le había obligado a plantearse qué hacer ante un secuestro y, mucho menos, a recibir una preparación psicológica adecuada que le impidiera vivir con tal cúmulo de emociones contradictorias y mezcladas. En aquel momento, atado a un pilar con unos grilletes oxidados, se preguntó cuánta gente como él habría estado prisionera en aquella misma habitación. Por un instante sintió compartir con ellos el dolor de la condena, la confusión que crea el futuro escrito, la sentencia a punto de ser ejecutada. Sintió la sangre de los inocentes derramarse sobre aquel suelo en el que se encontraba tirado y, a pesar de ello, le dio en cierto modo más fuerzas. Pero él no era valiente. Lo supo desde el momento en que puso un pie en Afganistán. Allí todo era caos, desorden, confusión... La expresión violenta del ser humano llevada a su límite más extremo. Allí no existía compasión, un valor perdido en aquel lugar alejado de la seguridad.

-No vayas -la voz volvía una vez más a su cabeza, torturándole, recordándole el tremendo error que había determinado el curso de su vida.

-He de ir.

-Es un viaje sin retorno.

Quédate. Qué razón había tenido. Desde las primeras palabras pronunciadas cuando conoció la noticia hasta la despedida en el aeropuerto. Grabada a fuego en su retina se encontraba la imagen de ella, sola y desolada, un faro en tierra de nadie que se volvió más pequeño hasta casi desaparecer en medio de la tempestad. A pesar de todo, aún iluminaba parte de los periodos oscuros en los que sentía que nada podría consolarlo.

-Vuelve –le había pedido en todas las llamadas telefónicas que habían mantenido desde que pusiera un pie en aquel país cuyo tejido social se había desmoronado por completo.

-Son solo unos meses. Me pidieron cubrir la noticia y lo haré. Es para lo que me he preparado –solía replicar cuando ella le insistía.

Pero en realidad era mentira y lo supo desde el momento en que le cubrieron la cabeza y le secuestraron. Se había visto perdido, incapaz de reaccionar y con un solo pensamiento en su mente: “no hay escapatoria”. Sus captores le gritaron y sintió el cañón frío de un arma presionando en su espalda, una amenaza manifiesta de que no debía moverse si no quería morir. Él, obediente, se quedó inmóvil, oyendo cómo aquellos hombres intercambiaban gritos y palabras en una lengua incomprensible para él. No podía poner en práctica todos aquellos consejos que le dieron antes de partir porque no se había esforzado en conocer el idioma de aquella tierra, ya que, desde su llegada, había recurrido a intérpretes. Un error descomunal que le costaría muy caro, aumentando la barrera existente entre sus captores y él. En ningún momento le quitaron la venda con la que entró en aquella habitación y lo encerraron allí, en aquel lugar frío y húmedo durante varios días. Solo le quitaban sus ataduras para que comiera y siempre vigilado por otra persona. Él nunca la había visto, pero sentía su presencia observándole cuando engullía con hambre el mendrugo de pan que le solían dar, acompañado de agua. Después volvían a pegar su cara contra el pilar y le colocaban los grilletes. Era la misma rutina, inamovible, inalterable. Se imaginaba a las autoridades de su nación operando como correspondía en aquellos casos, y a los medios de comunicación publicando unas fotos que su pareja habría mandado previamente para hacer correr el mensaje entre la sociedad. Estaba seguro de que se habría entrevistado con los dirigentes del país y les habría exigido una solución inmediata, ocultando tras una personalidad fuerte todo el dolor que la corrompería por dentro. Mas él sabía que de nada servía presionar. Había conocido otros casos similares al suyo, pero jamás se había planteado el encontrarse en

aquella situación. Le había parecido tan remoto e improbable... Su instinto le había fallado, a pesar de que la mayoría de las veces le había servido de gran ayuda. El chirrido de la puerta le sobresaltó, y unos pasos tranquilos y pesados se acercaron hasta él. Temblaba de miedo, como cada vez que alguien entraba en su celda. No sabía qué podía acompañar la llegada de alguien: ¿comida?, ¿un interrogatorio?... ¿la muerte? Unas manos fuertes manipularon los grilletes y estos se abrieron. Sintió sus dedos entumecidos y doloridos. Sabía que sería incapaz de poder usarlos en cualquier tarea y se imaginaba sus muñecas sangrientas y enrojecidas por la presión de los grilletes.

Le condujeron fuera de su prisión, aquella a la que se había reducido su mundo durante todo aquel tiempo. ¿Cuántos días llevaba cautivo? No podía confirmarlo con absoluta certeza, pues le parecía interminable el solo transcurso de las horas. Al principio, intentó contar los días que transcurrían por las veces que le daban de comer, pero acabó por tirar la toalla cuando llegó a 23, ya que no sabía si le daban el trozo de pan una vez al día o más. La línea entre la percepción real e imaginada se fue haciendo cada vez más pequeña conforme pasaba más tiempo recluido sin llegar a acostumbrarse totalmente a aquella oscuridad de dedos negros y etéreos que amenazaba con extirparle la poca cordura que le quedaba. Sentía que le habían arrebatado la humanidad privándole de visión, de libertad y de sí mismo, humillándole en el extremo más real de la palabra. Las manos le guiaron hacia el destino, aferrándole con firmeza el hombro.

La incertidumbre acerca de lo que le esperaba al final del trayecto le aceleró el corazón hasta tal punto que, por un momento, pensó que se le saldría del pecho. No quería engañarse ni tampoco era una persona valiente, por lo que todo tipo de imágenes sobre horrores pasaron por su cabeza con celeridad, mientras pisaba con sus pies desnudos aquel suelo frío y pedregoso. “¿Qué van a hacerme?” era la preguntaba que torturaba su mente. Lejos de darle una esperanzadora respuesta, se esforzaba por situarse en el peor de los casos. “Soy un

ratón atrapado, sin salida. Si esto fuera una apuesta nadie daría nada por mi vida”, le dijo aquella parte más negativa de él mismo. Casi no lograba reconocerse. La persona risueña y bromista que había sido ya no existía. Le habían arrebatado lo más íntimo y personal de una persona, aquello que solo podrían quitarle en situaciones extremas como la que estaba viviendo: su identidad. Ya no era él mismo la persona que habitaba en su mente: un extraño en tierra propia. Los responsables de su secuestro habían conseguido volcar incluso su mente. Había cedido a su juego en el mismo instante en que ya no identificaba su yo del pasado con la voz que le hablaba desde algún rincón de su cabeza.

Oyó palabras en árabe indicándole algo a la persona que le guiaba. Este contestó duramente, con un tono de voz bronco y seco. De nuevo no podía saber qué hablaban por su desconocimiento del dialecto, aunque quizá fuera mejor así. La venda en los ojos es síntoma de ignorancia según la cultura popular, pero a veces es mejor ser ciego e ignorante a conocedor de tu propio destino inmediato. Su guardián abrió una puerta que estaba cerrada con llave. El tintineo que produjo el baile de aquellos objetos fue lo más parecido a algo que le hiciera feliz que hubiera ocurrido desde su secuestro. Al menos ese sonido le recordaba a casa, al instante en que regresaba tras una dura jornada laboral o también significaba el regreso de su pareja mientras él la esperaba pacientemente en el interior del hogar. Eran pequeños detalles que nunca había valorado y que, en ese momento, se volvían significativos en gran medida. Una vez que la cerradura cedió, la luz inundó sus débiles ojos acostumbrados a la oscuridad. A pesar de llevar aún la venda, los rayos del sol afgano consiguieron herir sus pupilas, disipando las tinieblas que se habían instalado en ellas, humos opacos que le habían cegado. Con un empujón su guía le obligó a avanzar. Él tropezó, pero logró volver a recuperar la estabilidad. Estaba perdido, confuso, envuelto en una espiral de emociones que se precipitaban al vacío, rodeado de aquella blancura que tanto había añorado, del aire puro que sus pulmones respiraban como si cada aliento fuera el último...

Una nueva orden, seca y directa, propició que le quitaran la bolsa de la cabeza. Esta vez, la añorada luminiscencia consiguió penetrar en sus ojos hasta herirlo. Los cerró enseguida para parpadear varias veces. Solo veía manchas claras, confusas, que iban adquiriendo poco a poco más detalles: líneas, colores, tonalidades. A su alrededor había varios hombres, algunos de ellos armados con fusiles. La sola idea de encontrarse allí, tan desnudo, tan débil, conseguía hacerle temblar. Inevitablemente pensó en su pareja. ¿Qué pensaría de verle allí, tan humano e indefenso, tan... cobarde? Intentó recomponerse aferrándose a aquella esperanza, a lo único sólido que tenía. Un muchacho joven dio un paso hacia adelante. No tendría más de diecisiete años, pero la dureza de su mirada desvelaba una crueldad y una frialdad que le sorprendió. Ningún menor estaría libre de la impresión que le causaría una persona secuestrada en las condiciones en las que él se hallaba. Mas cualquier rastro de humanidad había sido completamente borrado de la joven cara de rasgos aún infantiles y, probablemente, también de su cerebro.

-¿Tú eres el periodista Paul? –preguntó el muchacho con un español poco fluido.

-Sí –respondió pasados unos segundos, tras una primera vacilación por el shock.

El chico se volvió a los que parecían los líderes del grupo para transmitirles la contestación. “Un intérprete” pensó. Él había contratado a muchos jóvenes como aquel que se ganaban la vida haciendo de guías o de traductores para los extranjeros, principalmente para corresponsales en la zona, como él. Había escogido aquella manera de operar para poder cubrir las noticias con mayor flexibilidad e independencia, sin depender de una escolta que le limitase a la hora de conseguir contactos. Pero aquello supuso ser un blanco fácil para los terroristas.

-Tienes que decir mensaje a tu país –explicó el intérprete de forma pausa-. Sino morir.

Por una parte sintió alegría al saber que le habían llevado hasta allí para grabar un vídeo que posteriormente mandarían al gobierno y que, con toda seguridad, visualizaría ella. Así podría consolarse y saber que seguía con vida. Por otra parte sabía que aquello supondría el inicio de unas negociaciones que se eternizarían. Los terroristas le colocaron solo frente a la cámara, con el sol iluminando cada detalle de su rostro: los agrietados labios, las oscuras y profundas ojeras semejantes a moretones, la mirada perdida, la barba descuidada y las heridas que aún tenían que cicatrizar.

El muchacho le repitió varias veces el mensaje que tendría que dar a su país. Tenía que rogar por una cantidad económica considerable para comprar su vida y, de paso, pedir al gobierno que cesara en la ofensiva contra la causa de la organización terrorista. Aquellas palabras, conforme las repetía mirando a la cámara, le sabían a veneno en la boca; veneno que intentaba diluir con el instinto de supervivencia que se afanaba en aferrarse a la vida. “Es solo para seguir con vida” le repetía su mente, mientras que con toda la capacidad de convicción de la que disponía lanzaba las palabras que disfrazaban el chantaje. Los terroristas no olvidaron de grabar planos en los que él se encontraba de rodillas, custodiado por hombres armados de mirada fría y calculadora.

Se imaginaba la incertidumbre de su propio rostro, el miedo reflejado en sus pupilas cuando ella, una vez que viera el vídeo, profundizara en ellas para averiguar lo que transmitían sus ojos. Pero él sabía que solo hallaría miedo... y dolor. Aún sentía el sabor amargo como la bilis de las palabras que había pronunciado, un mensaje que atentaba contra sus propios principios, contra los valores que le habían inculcado desde pequeño. Sentía una contradicción extrema entre lo que acababa de hacer y lo que pensaba, un malestar profundo con su propia conciencia que se veía acrecentado con cada pensamiento. Se

imaginó los ojos azules como el mar de ella observando aquel vídeo; aquellos bonitos ojos coronados de vetas verdosas que le habían mirado por primera vez en la redacción del medio de comunicación para el que ambos trabajaban; aquellos mismos ojos que se empañarían de lágrimas cristalinas cuando nadie los viera, en la oscuridad, llorando por la soledad de su cama, tan fría y abandonada.

Uno de los terroristas le vendó de nuevo y él bebió por última vez de la luz del sol, aquel mismo que ella observaría desde su ventana y cuyos rayos besarían su pálida y delicada piel de nacarado brillo lunar. Se sintió próximo a ella, cayendo en sus brazos. Ella le acariciaría los rebeldes rizos y, como tantas otras veces, le susurraría: “no te preocupes”. Cuando llegó a la celda y le ataron de nuevo al pilar, durmió, y aquel fue el más plácido de todos sus sueños desde que comenzara su cautiverio. Qué extraño es el hombre. Cuando su propia vida pende de un hilo tiende a aferrarse a cualquier cosa para sentir que no está solo.

Él nunca había sido practicante de ninguna religión, de hecho estaba allí, a grandes rasgos, por un asunto de extremismo religioso que afectaba a lo político y a lo social. Sin embargo, en la soledad profunda en la que se encontraba tendía a hablar con alguien que no le contestaba. No era un simple “amigo invisible”, ni siquiera su yo más íntimo y personal desdoblado en otra identidad. No. Iba mucho más allá de eso. Aquel ente al que hablaba se había convertido en su única razón de supervivencia día a día. Se podría decir que había rozado la locura. Su cautiverio se había prolongado y no hablaba con ningún ser humano desde que le hubieran sacado para decir el mensaje a las cámaras. De vez en cuando, le contaba a aquel ser sus miedos e inquietudes, los problemas que había tenido en su otra vida, como había decidido llamar al pasado. Aquello le proporcionaba una revisión completa acerca de todos los asuntos que se había quedado atrás sin resolver, todos los conflictos pendientes que ahora resultaban minúsculos, todas las personas a las que había dejado de hablar...



Y, en la ignorancia promovida por él mismo para no aceptar la realidad, se veía arreglando lo que le quedaba pendiente. Construía planes de futuro y proyectos de vida, convencido de que saldría con vida de allí, a pesar de que la respuesta de su país se prolongara. Se intentaba convencer de que estaban intentando explorar otras vías antes de ceder al chantaje. Estaba seguro de que la sociedad en conjunto se habría volcado con su causa, llevados por la compasión y el sentimiento patriótico y empático que une a las naciones cuando algo sucede. Había construido en torno suyo una esperanza tan frágil que con cualquier golpe se derrumbaría, llevándose a él consigo. De nuevo, un día, la puerta se abrió para que entrara alguien y le desatara.

Sintió alivio, miedo, inseguridad: un cóctel de sensaciones ante lo desconocido que le oprimieron el corazón. Había pasado demasiado tiempo en la oscuridad, en el silencio perpetuo interrumpido por la voz de aquel ente en el que se había refugiado, mas por fin se interrumpía la monotonía, ya fuera para ejecutarle, para liberarle o para grabarle de nuevo. Las mismas manos firmes le liberaron del pilar y le agarraron con firmeza el hombro, conduciéndole a través de los pasillos.

-¿Dónde me llevas? ¿Qué ocurre? –preguntó desesperadamente ante la incertidumbre, olvidándose por completo de que no le podían entender.

Pensarían que era patético, pero la desesperación le movía a hacer cosas con el único objetivo de lograr sobrevivir. Decidió que era mejor mantenerse callado y obediente ante el aumento de la fuerza de aquellos dedos ásperos en su hombro. En lugar de continuar con sus dudas, decidió prestar atención a todo lo que le rodeaba a través del oído. Había un sonido tenue, casi imperceptible, que le llegaba desde la distancia, como el ruido de la muchedumbre. Aquello le hizo suponer que todo aquel tiempo había estado en algún local y casa de la ciudad, no muy lejos del hotel en el que se había hospedado meses atrás. Sin explicarle absolutamente nada, aquel hombre abrió una puerta que conducía al exterior. El sonido del tráfico le recibió y él lo

abrazó como un antiguo amigo. Pudo respirar el aire del exterior, los olores típicos de aquellas calles exóticas...

Su guardián le obligó a avanzar rápido hasta un coche para que nadie le viera, casi haciéndole tropezar. Una vez dentro, alguien le quitó le desató la venda. Había tres personas en el coche, sin contar a los dos recién llegados. Uno de ellos era el joven intérprete que le había dado las instrucciones cuando grabaron el vídeo; otro de ellos le resultaba familiar, quizá alguno de los hombres que se habían encontrado también allí; y un tercero, que era el conductor.

-Presta atención porque no explicar más veces –comenzó el muchacho con severidad, intentando imponerse ante la situación de ventaja que mantenía con el preso.

Él lo miró con los ojos apagados, confuso.

- Él –señaló al conductor-, te llevará a lugar donde te recogerán gente de tu país, ¿entendido?

Aquella noticia le pilló por sorpresa. Sintió todo su cuerpo reaccionar de manera conjunta: su corazón latió más deprisa y sus músculos se pusieron en tensión. No podía creerlo.

-¿Dónde? ¿Han pagado el rescate? –inquirió atropelladamente olvidando por completo que aquella gente era peligrosa.

-Sí –respondió de manera cortante el chico-. No más preguntas.

El segundo hombre asintió, con un brillo sagaz en su mirada de halcón. Parecía esconder demasiadas cosas detrás de una pétrea coraza que envolvía sus pupilas, impidiendo precisar y calibrar las emociones o intenciones que se escondían tras él. Este y el chico abandonaron el coche apresuradamente y se perdieron calle abajo, sin mirar hacia atrás. El conductor arrancó suavemente. Aquel era el sonido de la

libertad, su libertad. Comenzaba en aquel mismo momento y culminaría cuando estuviera de nuevo en casa. A pesar de todo, su mente, acostumbrada a la oscuridad y el cautiverio de su confinamiento, anotaba todo cuanto veía con detalle, como si fuera la primera vez que lo contemplaba. Igual que un niño pequeño observaba lo que el mundo pudiera ofrecerle para poder descifrar sus secretos.

Por un momento se olvidó de dónde estaba y de quién era, hasta que una vocecita en su cabeza le indicó prudentemente: “Eres Paul. Estás viajando en un coche con terroristas. Esto no es ninguna excursión”. A partir de ese momento reprimió lo que pudiera aportarle su yo fruto del cautiverio. Era hora de olvidarle: en ese momento era libre. Saboreó silenciosamente la palabra, que en ese momento le pareció la creación más hermosa: libertad. Se podía emplear en muchos contextos, con gran variación de significados, pero sin embargo ocultaba un sentimiento que iba más allá de aquellas tres sílabas. Quien pudiera abrir la caja de Pandora que contuviera lo que realmente suponía aquella maravillosa palabra, nunca vería el mundo con los mismos ojos. Él estaba a punto de descubrirlo, de redescubrir lo que era la libertad.

El panal de su mente bullía de actividad. Quería rememorar cada detalle a los momentos previos a su secuestro para no dejar nada en el aire cuando comenzaran a preguntarle. A pesar del tiempo transcurrido en la soledad, náufrago de sus propios recuerdos, comenzaba a confundir ciertos pasajes de su vida. Tenía que poner en orden sus ideas antes de recuperar lo que le pertenecía por derecho. El vehículo avanzó por una carretera antigua, casi abandonada. El desierto era un páramo que se extendía allá donde sus ojos se perdían, justo donde la línea del horizonte se encontraba, el lugar donde el cielo y la tierra se besan como amantes. La arena que los rodeaba era de color rojizo, semejante a un mar de sangre. Inspiró de nuevo, sintiéndose pleno dentro de sí mismo. La calle donde se iba a producir el encuentro estaba abarrotada de gente aprovechando las últimas horas del día. Era un día de mercado, y cientos de transeúntes se

paraban para contemplar lo que los puestos podían ofrecerles. La ciudad en sí misma bullía actividad, pero aquella zona era el epicentro. Su forzoso acompañante lo guio entre la gente, siempre sin dudar, y él no pudo evitar preguntarse dónde estaría el equipo del ejército de su país que lo rescataría.

Hasta que lo comprendió todo. Era muy difícil pasar por alto aquella figura esbelta, de piel pálida como un rayo de luz de luna y de ojos brillantes e hipnóticos que, como zafiros, refulgían con cada movimiento.

-No puede ser... La alegría inicial que sintió por encontrarla allí se vio apagada enseguida por el peligro que suponía su presencia.

Aquello no podía estar pasando, no podía ser real. Quería gritar, pedirle que se alejara cuanto antes, que corría peligro. Pero no podía. Su cuerpo entero se había quedado paralizado por la impresión. Corrió hacia ella, sin importarle ni el hombre que le había traído hasta allí ni la multitud que los rodeaba. Estaba a escasos metros de ella, lo que más había ansiado desde que comenzó su pesadilla... ¿Cuántas veces se había imaginado aquel momento, el volverla a sentir entre sus dedos, el contemplar de nuevo su sonrisa? Temblaba de emoción pero aquello no le impidió avanzar con decisión hacia su objetivo. Sus ojos se cruzaron cuando aún le faltaban varios metros para llegar hasta ella. Los encontró límpidos, claros, como una brisa marina que le soplara desde la lejanía, casi con ternura. Ella acudió a su encuentro en cuanto lo reconoció, a pesar de la suciedad, los golpes y la desorientación. Se fundieron en un cálido abrazo que parecía que no tendría fin, mientras se besaban y lloraban de alegría.

- Creía que no volvería a verte con vida –confesó ella mientras él le limpiaba el rostro de las marcas saladas que dejaban sus ojos sobre las mejillas.

-Estoy aquí- fue lo único que pudo contestar, separándose lentamente de ella para admirar su rostro-. Vamos a salir de esta.

Quería aprovechar al máximo de ella, cumplir todo lo que se había prometido a sí mismo durante su secuestro, pero en aquel momento no se acordaba de nada. Solo existía un tiempo, el presente, y quería dibujarlo con ella, partiendo desde cero en ese mismo momento...

Un sonido, casi un grito de dolor procedente de algún lugar de la calle, rasgó el cielo. Él se separó lentamente de ella, con una expresión extraña en sus labios, difícil de descifrar, hasta que la joven se dio cuenta de la palidez anormal de su rostro. Él se derrumbó en sus brazos, sangrando abundantemente por el pecho. Una flor roja se dibujó en aquella camisa blanca, una forma extraña y hermosa que se propagaba por el tejido.

-¡Ayuda! –gritó ella sin creerse lo que estaba ocurriendo.

La gente había formado un corro en torno a ella, evitando el contacto, mientras que una amplia mayoría huía del sonido de aquel disparo. Ella buscó en todas las direcciones, procurando encontrar al autor de aquello. Apenas cuando parecía que había recobrado su felicidad, se la arrebataban sin avisar, jugando con ella, con él, con sus ilusiones. Los soldados que la habían escoltado aparecieron corriendo, con las armas preparadas, luchando contra la marea de personas que se movían en dirección contraria.

-Tenemos que irnos –informaron con un tono de voz que no admitía réplica, dejando claro que iban a cumplir su misión.

Ella acariciaba el rostro de su amado, aquel con el que había soñado todos aquellos meses, mientras él procuraba luchar contra la fuerza de la naturaleza, contra la misma muerte. Mantenía los ojos

abiertos, pero su brillo se iba apagando, como una estrella a punto de morir.

-Vete –susurró él- Tienes que irte.

-Tenemos –le corrigió ella en un sollozo.

-No... Ella le acalló con sus labios, sabiendo en lo más profundo de su ser que sería la última vez que le besara.

Cuando se separó de él ya no respiraba, su alma se había volatilizado con aquel último aliento transformado en amor.

-Tenemos que irnos –repitió el soldado, esta vez acercándose a ella para separarla del que un día fue su prometido.

Rozó con sus dedos empapados de sangre aquella piel que tantas veces había supuesto una protección para ella en aquellos momentos de incertidumbre. Le cerró los ojos y le dijo al oído:

-Te quiero. Conforme los dos militares avanzaron con ella, protegiéndola, un sentimiento de odio acrecentó en su interior.

Se sentía traicionada por aquellos que le habían prometido entregarle a su pareja con vida si ella acudía. Todo había sido un engaño, una cruel trampa para aumentar el impacto mediático con aquella nueva muerte de un occidental. Cerró los puños con rabia, mientras que por su rostro las lágrimas corrían raudas para escapar por los precipicios de su rostro.

El atardecer estaba cubriendo el cielo de rojo escarlata, como si hubiera resultado también herido, cubriendo con su manto a todos los habitantes que huían de la muerte. La cúpula celeste se tiñó de la misma sangre que cubría sus manos, para luego, paulatinamente, dejar paso a la noche, con una negra y absoluta oscuridad, el luto perpetuo

que el corazón de ella llevaría para siempre. Porque solo le quedaba eso: un vacío enorme y una fría y honda oscuridad.